

UN VIAJE A LA CHINA

— POR —
ROXANE

KOBE, 1931



ALDREMOS DE KOBE al amanecer. Será una noche blanca la última de nuestra estada en el Japón. Nadie quiere reintegrar el hogar flotante hasta la hora postrera. Kobe nos festeja. Entre las burbujas del champagne se murmura el "sayonara" de una melancólica despedida.

Nos hallábamos tan a gusto en la tierra del So. Naciente; por momentos crecía nuestra admiración, a la vez que sufríamos su hechicera influencia.

—Partir c'est mourir un peu...
Entonces en este viaje alrededor del mundo vamos a despedarnos...

Ayer Hawai con su adorable "Aloja" y hoy el "Sayonara" nipón.

Sometidos al inexorable itinerario del "Belgenland" hemos de avanzar.

Kobe, que en japonés significa "Puerta de Dios", por encontrarse a la cabeza del Mar Interior, despierta a la vida laboriosa de fábricas, Bancos y oficinas comerciales mientras nuestro barco se interna por estrechos canales solicitando con repiques de sirena su ruta entre multitud de promontorios, islotes y cardumenes de flodillas pescadoras.

Navegamos tan cerca de la tierra isleña que a veces parece casi imposible que el barco pueda cruzar esos corredores marítimos.

Los rayos del sol naciente se quiebran en las velas transparentes de los sampanes; y hay en el agua reflejos irisados que van jugueteando con la espuma de las olas, con la sombra del alto pinar, de la pagoda a flor de agua y del islote volcánico.

En las dos riberas hay poblaciones, campos de arroz y bosques de criptomeras.

Nos acercamos a la isla sagrada de Miyayima, la isla donde nadie nace ni muere.

Un inmenso "tori" olava sus dos columnas verticales en el mar que refleja su imagen. Es la puerta de ese santuario consagrado por los japoneses a sus dioses. Dícese que los antiguos nipones quisieron hacer de esta pequeña isla un modelo de lo que sería la vida humana si no existiesen el dolor, la muerte y la lucha por la existencia.

Cuando alguno de sus habitantes enfermaba o una mujer estaba próxima al alumbramiento, se les hacía pasar a la isla más cercana a fin de que no turbara la paz de la isla, un grito de dolor o el estertor de una agonía.

Sale a nuestro encuentro un vaporecito blanco que nos deposita en una frondosa avenida de criptomeras. A ambos lados de esta verde muralla se alinean las linternas de piedra, las pequeñas pagodas y los rinchos con Budas de granito. Por los caminos circulan los ciervos, como en la selva sagrada de Nara. El ciervo es el único animal permitido en Miyayima. Nada puede turbar el silencio de la isla. Ni siquiera el perro fiel...

Llegaremos a Chinwangtao al amanecer y durante diez días permaneceremos en Pei-ping.

La joven república ha cambiado de nombre a la cuatro veces milenaria ciudad de Pekin, que significa en lengua china capital del norte. Débese este cambio de nombre a que los revolucionarios Chiang-Kai-seck, Sun-Yat-sen y sus partidarios vinieron del Sureste y han hecho de Nan-kin, (capital del Sur) la sede de la naciente república.

Pei-ping significa paz del Norte, armonía.

Los canales del golfo de Pe-chil, donde está ubicado el puerto de Chinwangtao, no tiene bastante profundidad para que los grandes buques atraquen al muelle. A media noche el "Belgenland" para sus máquinas y aguarda que llegue el día para entregar su cargamento humano al vaporecito que ha de llevarnos a tierra.

Ciegamente obedientes vamos agrupándonos en la sala de recepción que a la vez es la del desembarcadero.

De pronto se abre el portón y junto con una racha helada penetran a la sala cuatro gigantes tartaros con gabanes de piel de zorro y enormes gorros, también de piel, con orejeras como las de los aviadores. Son una siniestra aparición de la misteriosa China.

Imposible desembarcar. El mar se ha congelado. Una coraza de hielo de más de diez centímetros de espesor rodea el barco y el vaporecito chino no puede atraer al puente.

Marineros y soldados trabajan por romper los bloques de hielo; pero la atmósfera glacial vuelve a solidificar el agua. Saltan los peñascos blancos y se pegan como lapas al costado del barco hasta cubrir todas las ventanillas inferiores.

Decididamente el mar se muestra hostil con los viajeros.

—Este país no es de turismo,—parece decirnos.—¿Qué vienen a curiosar aquí los banales hijos del nuevo mundo? ¿A criticar nuestra decendencia y bancarrota? ¿A vernos triturados por un drama sangriento? ¿No les basta con saber que desde siglos atrás nos hemos parapetado tras de una muralla y hemos hecho prohibidas nuestras ciudades para el extranjero?

No podemos esperar de la inescrutable China una acogida ardorosa. Sólo una condescendencia casi impuesta nos permite llegar allí.

El día antes hemos recibido un folleto en el cual, entre otras advertencias, el gobierno chino pide que no tomemos fotografías callejeras con tipos ridículos que puedan amenguar la dignidad de la raza a los ojos del mundo.

Tras de una larga espera conseguimos por fin trasladarnos a tierra y ocupar los vagones del ferrocarril que ha de llevarnos a Pei-ping.

¡Qué desolada se ve la inmensa llanura! Amarillean los árboles escuetos, en medio de las casas de adobe con techos grises. Los labradores arrastran un arado primitivo plancaneando bueyes flacos, feos y de pelaje enmarañado. Lo único que corta la gama amarilla del cielo y de la tierra es el azul



Tampoco se permiten los vehículos, llegando la exageración hasta prohibir el rikisha que como se sabe es tractor humano.

Visitamos el templo sumergido bajo el agua; admiramos el barco sagrado que sólo abandona su dique para salir al encuentro del emperador cuando éste visita la isla. En una montaña se encuentra el gran santuario de la paz. Sus muros, sin embargo, están llenos de frescos representando hazafías guerreras y hay alrededor del ídolo rimeros de paletas con escritura japonesa ofrecidas como ex votos por los soldados de la guerra ruso-japonesa.

Después de visitar los numerosos santuarios de Miyayima tomamos colocación bajo una carpa.

Las geishas de la isla maravillosa van a danzar el Mikayo-Odori, baile profano que celebra la naturaleza en floración. Salen ataviadas con sus ricos kimonos y con sus peinados cuajados de flores y alfileres de oro. Es el baile de la primavera que comienza a partir de gala los jardines y según los diversos momentos de la danza van llenando el escenario con ramas de cerezos en flor, y con largos racimos de glicinas. Este baile tiene el encanto de lo típico, gran delicadeza de movimientos y esa incalculable idealidad de la mujer japonesa, que a la vez frágil figulina y muñequita piadresa.

Con esta visión antiépica de lo que debe ser el Japón en la época en que florecen los cerezos, nos alejamos de la isla donde nadie nace ni muere.

Horas después el barco busca el océano. La atmósfera se enniebla; el cielo brumoso parece protestar del reflejo amarillo que le dan las olas. Hemos entrado al mar que baña la Corea.

Por a poco todos los pasajeros han abandonado la cubierta y buscan el abrigo de la chimenea.

—Si nos vistiéramos todos esta noche de blancos — propone una jovencita.

Tal idea concuerda con el sentimiento general, con esa nostalgia, morbida por decirlo así, que nos ha dejado la tierra nipona.

¿Por la noche, hasta Iris, que vive protestando contra el insoportable shopping de las americanas, se ve obligada a aplaudir el desfile de geishas, musmés, saquiras, daymós, arroceros, rikishas que llenaban el vasto comedor. No falta un detalle a la indumentaria oriental de estos hijos del nuevo mundo de Colón.

Nos acercamos a la China. El barco parece ladear al cortar las aguas espesas y babosas del Mar Amarillo. Un venticulo glacial pesca al vuelo las pardas burbujas y las escarcha.

de los blusones que uniforman a todos los habitantes de este suelo.

Hombres y mujeres visten pantalones negros de tela colchada y algodón azul. Sólo se diferencian en que la bata de las mujeres no está abierta a los costados. La costura china se fué junto con el imperio.

Transcurren las horas de viaje y el panorama no varía. La misma llanura parda, los mismos riachos y lagunas ocultos bajo una gruesa capa de hielo y los campesinos ya inclinados sobre la tierra o desliziándose en trineos por el cauce helado.

Corta la monotonía de la vastísima pampa multitud de promontorios, conos y montículos.

Son los famosos cementerios chinos que ocupan más de la cuarta parte del suelo en este inmenso país.

Nadie puede destruir una tumba y como desde miles de siglos atrás se respeta todo sepulcro, resulta difícil hallar una parcela de campo libre de dichos promontorios.

El labrador debe torcer el arado, la línea férrea serpentear inútilmente, los caminos bifurcarse, para que el muerto siga descansando en paz.

La superstición china supone que los malos espíritus vagan por el mundo en línea recta no siéndoles permitido torcer un rincón o desviarse. Para evitar su mala influencia, aun en el más allá, todo individuo decide anticipadamente el sitio donde debe ser enterrado. Sus deudos respetan esta decisión y sucede muchas veces que, no teniendo suficiente dinero para comprar el terreno, guardan durante meses el cadáver en sus casas, hasta que puedan cumplir el mandato del difunto.

El campesino ve con terror cómo disminuye la parcela de tierra que le ha de dar alimento, pero por ningún motivo hace reaparecer una tumba antigua y sólo pide al nuevo surco sepulcral que le devuelva en abono lo que le quita en producción. Y así va la muerte renovándose en substancia a través de los siglos.

La penumbra del atardecer convierte en fantasmas las cúpulas y promontorios de la llanura que exhala su cansancio de portadora de sombras ancestrales. Frío, escarcha, nieve amarillenta...

La llegada a Pei-ping queda en mi recuerdo como una pesadilla... Nos ordenan que atravesemos un maizal arco de piedra, puerta ecolosa de la primera ciudadela japonesa.

Nos siguen varios chinos con candelas. Sus silenciosas zapatillas se deslizan por el asfalto y luego a lamentar el chacoiteo de los zancos de palo de los japoneses.

Tras de la puerta monumental se encuentra el barrio de las legaciones extranjeras y de los hoteles internacionales.